

Medicinas silvestres

Dicen que cuando la esposa de uno de los Virreyes españoles del Perú cayó enferma con malaria en el siglo XVII, un curandero indígena la trató con la corteza de un árbol llamado quino. Si la historia es cierta o no, la droga fue adoptada luego por los europeos, que la llamaron “quinina”, y desde entonces ha venido usándose para tratar la enfermedad hasta nuestros días.

Los grupos autóctonos, que poseen conocimiento íntimo de los ecosistemas a su alrededor, dependen de la naturaleza para muchos aspectos de su supervivencia diaria, incluso sus medicinas. Los médicos occidentales deben mucho más a estos pueblos de lo que generalmente reconocen.

Los pueblos amazónicos en el Brasil y el Perú, por ejemplo, llevan mucho tiempo usando las raíces de la enredadera *Chondrodendron* para el tratamiento de fiebres y mordeduras de serpiente, y como arma. Los cazadores usan flechas sumergidas en un líquido extraído de sus raíces. Cuando es herida, la presa cae desplomada al suelo y muere en cuestión de segundos. Los científicos occidentales han adaptado la droga, llamada curare, para fabricar anestésicos modernos, y para el tratamiento de esclerosis múltiple y la enfermedad de Parkinson.

Remedios antiguos

De igual manera, los pueblos autóctonos del Brasil llevan mucho tiempo empleando el jaborandi para fines medicinales, dándole el apodo de “la planta de la boca babeante” porque induce la rápida producción de saliva y sudor. Actualmente se la usa en la medicina occidental para tratar pacientes de cáncer que sufren de sequedad en la boca y la garganta a consecuencia de la radioterapia, y se usa en personas con síndrome de Sjögren, que les impide producir saliva suficiente. La planta ayuda a relajar los músculos oculares, y ha sido adaptada para uso en cirugía oftálmica y en el tratamiento de enfermedades de la vista.

Al otro lado del mundo, una sustancia llamada rauwolfia —producida de una planta polígola que crece en los bosques de la India— lleva usándose miles de años para el tratamiento de enfermedades mentales y nerviosas. Los científicos de Occidente adoptaron esta cura autóctona en los años 40.

Cultivando para la salud

Las medicinas locales pueden cultivarse, o pueden recolectarse como plantas silvestres. Muchas tribus de los bosques tropicales mantienen jardines para cosechar plantas importantes, y en Sudáfrica la gente cultiva árboles turbintos y jengibre africano para uso medicinal. En Indonesia no hay necesidad de cultivar campos de alang-alang (usado para el tratamiento de hepatitis), ya que esta variedad de hierba o juncia (*Europhorum*) es una de las plantas más comunes que cubren el suelo de los bosques del país.

Aproximadamente el 25 por ciento de las drogas farmacéuticas usadas en Occidente hoy día provienen de plantas, y muchas otras están desarrollándose como medicinas del futuro. Por ejemplo, los científicos creen que el veneno de la rana *Epipedobates tricolor*, que los habitantes de Ecuador usan para hacer flechas envenenadas, podría dar origen a un calmante para reemplazar la morfina.

Curas locales

Alrededor del 80 por ciento de los habitantes del mundo dependen de los conocimientos de su propia cultura sobre medicinas obtenibles de la naturaleza. Muchos no se pueden permitir el lujo de usar medicinas químicas modernas, pero los tratamientos locales a menudo pueden ser igualmente eficaces o mejores. Una investigación llevada a cabo en Madagascar reveló que unas curas locales, tales como el uso de jengibre para el mareo y *Burasaia* sp. para la fiebre, eran más efectivas que sus alternativas químicas.

La riqueza de biodiversidad en los lugares más silvestres de nuestro planeta bien podrían ofrecer a la medicina moderna muchas de las curas del futuro, a la vez que siguen sirviendo a quienes viven en esta biodiversidad y la conocen mejor que nadie.

pilocarpus jaborandi



epipedobates tricolor

chondrodendron tomentosum

Protejan el Artico, salven el planeta

Foto: Willard/PNUMA/Topham

Sheila Watt-Cloutier se crió en la pequeña comunidad inuit de Kuujjauq en las costas meridionales de la Bahía de Ungava del helado norte de Canadá. Hasta los diez años de edad no había viajado en ningún vehículo más veloz que un trineo tirado por perros.

Hoy es la líder electa de los 150.000 habitantes que integran el pueblo inuit, dispersos alrededor del Artico en Alaska, Canadá, Groenlandia y Chukotka, Rusia. Junto con el PNUMA, desempeñó un importante rol en la tarea de lograr que los gobiernos del mundo acordaran la supresión gradual de una “docena sucia” de productos químicos persistentes que estaban contaminando a su pueblo. También emprendió una campaña en contra del calentamiento de la Tierra. Este es un extracto editado del testimonio que presentó ante el Congreso de los Estados Unidos en septiembre de 2004.

“Nos encontramos al borde de un momento decisivo en la historia del planeta. La Tierra se está derritiendo y debemos reunirnos, todos, para abordar de forma eficiente el problema del cambio del clima.

Mientras que el calentamiento de la Tierra afecta al planeta entero, existe un consenso científico de que está impactando en el Artico con mucha mayor celeridad. Nuestros mayores han venido experimentando estos cambios desde mediados de los años 70. La relación de los inuit con el medio ambiente sigue siendo fuerte, y muchos de nosotros todavía dependemos de la tierra y del

mar para el sustento de nuestras familias. Nuestros mayores y nuestros cazadores tienen un íntimo conocimiento de la tierra, el mar y el hielo, y han observado unos alarmantes cambios en el clima, el medio ambiente y la fauna silvestre del Artico. Estos cambios incluyen:

1. derretimiento de permafrost
2. estaciones más largas sin hielo marino
3. nuevas especies de aves y peces —lechuzas, petirrojos, patos de cola ahusada y salmón— están invadiendo la región
4. invasiones de mosquitos y jejenes
5. condiciones de hielo marino impredecibles
6. derretimiento de glaciares, lo cual crea torrentes en vez de arroyos.

Nuestras observaciones son confirmadas por una evaluación científica oficial llevada a cabo por más de 300 científicos y numerosos habitantes autóctonos del Artico. El estudio concluye que es muy probable que nuestra antigua relación con nuestra cultura de caza desaparezca — en el período de la vida de mi nieto.

El cambio del clima está sucediendo primero y más rápidamente en el Artico. Mi tierra natal es el barómetro de salud para el planeta.

Al observar lo que ya está sucediendo en las remotas aldeas inuit en Alaska —como en

Shismaref cerca de su extremo oriental, que literalmente está siendo azotada hasta tal punto que se está cayendo al mar— se nos revelan los futuros peligros para regiones más pobladas como Florida, Luisiana o California.

Si logramos invertir a tiempo la emisión de contaminantes que causa los cambios climáticos para salvar el Artico del impacto más devastador del calentamiento de la Tierra, podremos ahorrar incalculable sufrimiento para cientos de millones de habitantes alrededor del globo.

El calentamiento de la Tierra nos une a todos. Usemos lo que está sucediendo en el Artico — la Historia Inuit— como un vehículo para restablecer esta asociación entre todos nosotros, de forma que comprendamos que el planeta y sus habitantes son uno. El cazador inuit que cae a través del imprevisible hielo marino en disminución está vinculado con los automóviles que conducimos, con las industrias de las cuales dependemos, y con el mundo desechable en el que nos hemos convertido.

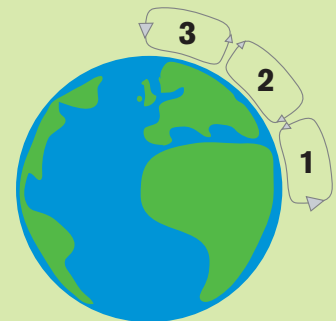
El cambio del clima es una cuestión de supervivencia de la humanidad. Es el problema mundial más apremiante con que nos enfrentamos hoy día. ¡Protejan el Artico, y salvaremos el planeta!”

REACCIONES QUIMICAS

Viviendo en uno de los entornos menos hospitalarios de la Tierra, los inuit en el Artico son un pueblo sumamente ingenioso. En su mayor parte se alimentan con lo que les brinda la fauna silvestre local: caribú, buey almizclero, osos polares, focas, ballenas, morsas y diversos tipos de peces. Los inuit necesitan calorías adicionales para mantenerse activos y en calor y estos alimentos locales les proveen los aceites esenciales y nutrientes de los cuales carecen los alimentos importados del Sur. Por otra parte, también valoran el estilo de vida tradicional de sus antepasados, incluso las prácticas de caza y pesca.

No obstante, sus alimentos también los están exponiendo a productos tóxicos —productos

orgánicos persistentes (POPs)— traídos de países lejanos por el viento. Estas sustancias químicas peligrosas tardan mucho tiempo en descomponerse, y en consecuencia se acumulan en la cadena alimentaria. Los POPs debilitan el sistema inmune del organismo, trastornan los sistemas hormonales, y pueden causar cáncer y otras enfermedades. Se han encontrado niveles de POPs 10-20 veces más altos en los inuit que en habitantes de regiones más templadas. En respuesta a la creciente amenaza para la salud de sus comunidades, los inuit desempeñaron un papel importante en la tarea de asegurar el acuerdo de un tratado internacional —el Convenio de Estocolmo, preparado por el PNUMA— que planea eliminar gradualmente el uso de los 12 POPs más peligrosos.



Destilación mundial: cómo migran los POPs

- 1/ productos químicos entran en el ciclo de circulación atmosférica en latitudes más bajas donde hay mayor contaminación
- 2/ estos productos tóxicos permanecen en las corrientes de circulación durante largo tiempo y acaban viajando hacia el norte
- 3/ las toxinas finalmente salen de la atmósfera y se depositan en las capas de hielo polar